

XVIII Encuentro Nacional de Cofradías de Penitencia
Jerez de la Frontera (Cádiz), del 29 de septiembre al 2 de octubre de 2005

La importancia de la juventud cofrade
El hoy y el mañana de la Semana Santa

Xuasús González

Centro de Documentación e Investigación de la Semana Santa

1. Motivación

Mucho se ha hablado –y se ha escrito– sobre la Juventud Cofrade en diversos Encuentros, Congresos, revistas, periódicos, ..., aunque, desgraciadamente, ha servido más bien de poco o de nada. Los jóvenes han jugado, juegan y jugarán un papel fundamental en la Semana Santa; son el sector más inquieto y requiere una mayor atención, porque son la mejor garantía de futuro de nuestra Semana Mayor.



Quien suscribe, tuvo ocasión el pasado mes de abril de dirigir una Jornada para jóvenes cofrades de la Archidiócesis de Barcelona, en cuyas conclusiones se reafirmaba una vez más la misma y eterna tesis: “los jóvenes cofrades no están valorados en su justa medida”.

Esta Comunicación no pretende más que dar, someramente, una visión personal de la situación en que se encuentra en la actualidad la Juventud Cofrade, una situación que en buena medida repercutirá en el futuro de la Semana Santa. No deja ésta de ser una voz que se une a las muchas que, desde todos los rincones de la Península, ya se han pronunciado al respecto, una voz que –como todas– lleva implícito un llamamiento a las juntas de gobierno de todas las cofradías y hermandades del Estado para que, por el bien de nuestra Semana Santa, tengan presente de una vez por todas la valía de los jóvenes.

2. Presente y futuro de la Semana Santa

Parece lógico suponer que los jóvenes son el futuro de las cofradías. Carlos García Rioja, cofrade leonés de reconocido prestigio, ya afirmó en su día que *la juventud cofrade es un grupo más dentro de las cofradías, igual de importante que el resto, pero con una peculiaridad que lo diferencia: es la heredera natural del futuro inmediato de la Semana Santa.*

Además, el mero hecho de ser joven conlleva –en mayor o menor medida– ganas de luchar por un proyecto, de llevar a cabo iniciativas,

de trabajar, de innovar. A ello se le une, por lo general, el tiempo de dedicación; el joven –estudie o trabaje– suele sacrificar buena parte de su tiempo libre en favor de aquello en lo que cree.

Por otra parte, al estar soltero –estereotipando al joven– no se tienen determinados compromisos familiares que sí tiene el casado, por lo que la libertad de movimientos es más amplia, y el tiempo disponible para invertir en la cofradía, si cabe, aún mayor.

Por tanto, el joven reúne –por el mero hecho de serlo– una serie de particularidades cuyo perfil es adecuado para desarrollar un papel fundamental en el seno de las cofradías.

A lo largo de la historia, los jóvenes han estado presentes, pero no ha sido hasta que la Semana Santa ha generado un mayor volumen de trabajo cuando se han hecho realmente indispensables. Limpieza de enseres, coordinación de publicaciones, formación de bandas, envío de correspondencia, creación de páginas web, ..., no son sino tareas que han ido apareciendo –unas antes y otras después– y que han sido llevadas a cabo desde siempre por jóvenes.



En efecto, son ellos quienes, en algún momento más próximo o más lejano, tendrán que encargarse de dirigir el rumbo de la Semana Santa. Precisamente por ello, quienes están ahora en el poder son los principales responsables de lo que heredarán las generaciones venideras; de ellos depende hoy que los jóvenes se involucren en la vida de hermandad, que conozcan el funcionamiento interno de las cofradías, que sepan como se han de tomar las decisiones en cada momento, que –en definitiva– el día de mañana estén lo suficientemente preparados como para no tirar por la borda el arduo trabajo de años, siglos incluso, de quienes nos han precedido.

Incomprensiblemente, el relevo generacional parece asustar a hermanos mayores y juntas de gobierno, atrincherados tras sus cargos, cargos que anteponen a la evolución y buena marcha de la cofradía, frenando el natural devenir de la propia historia de la Semana Santa.

Estas juntas de gobierno suelen responder al perfil de cofrades “viejos” –sobre todo en sus ideas–, estancados en el pasado y cerrados en banda a cuantas ideas provienen de otros. Olvidan que, como bien dice Antonio González Suárez-Bustamente, *es su responsabilidad ser un eslabón más en la cadena –no el último–, garantizar el relevo, rejuvenecer los contenidos de la cofradía para que respondan a las necesidades del hombre de hoy, a que sean contemporáneas del futuro.*

Algunas corporaciones penitenciales han detectado, hace ya algún tiempo, la “problemática” suscitada por los jóvenes cofrades, y han optado por la creación de los denominados Grupos Jóvenes, aglutinamiento de éstos en una entidad con estructura propia en el seno de la cofradía.

Aunque pueda parecer una buena iniciativa, ha de prestarse especial atención y tratar de evitar por todos los medios que terminen convirtiéndose en “mini-cofradías” paralelas en las que se enfríen relaciones con el resto de hermanos, no se viva la fe en profundidad o se creen elitismos que, a todas luces, serán a la larga perjudiciales.

No obstante, su objetivo –loable, por otra parte– es bien distinto; crear una comunidad cristiana para que sus miembros encuentren sentido a sus vidas en Cristo y aumenten su fe. La realidad actual, en cambio, nos dice que se está lejos de conseguirlo, máxime cuando no más allá de un 15% de los jóvenes de una cofradía pertenecen, si es que existe, a su grupo joven.

Los jóvenes son, en definitiva, presente y futuro de la Semana Santa, que no debemos dejar de lado si queremos que ésta siga su normal desarrollo.

3. Tipología de los jóvenes cofrades

Aún pareciendo lógico darlo por sentado, al hablar de jóvenes cofrades no nos referimos a éstos en el sentido estricto de su edad. Acertadamente, el sevillano Carlos José Romero Mensaque –otro valioso cofrade– afirmaba que *la juventud no es una etapa de la vida, sino una actitud ante ella, un estar abierto a todo lo que es ilusión por un ideal, a la alegría sincera que nace de un corazón enriquecido por el amor, a darse a los demás sin esperar recompensas, a estar siempre dispuestos*

a emprender aventuras en pro de lo bueno, de lo bello. En el joven es connatural la fuerza, el ardor, la entrega confiada, y en el joven cristiano todo ello está matizado por la incesante y amorosa búsqueda de Dios en los demás, en el compromiso concreto. La juventud, pues, en una hermandad, es fundamental para su misión.

Se hace necesaria una clasificación de los jóvenes que, como el trigo de la paja, diferencie a los cofrades en relación a su grado de compromiso. Utilizaremos como base para ello, la tipología realizada por el propio Romero Mensaque y completada posteriormente por García Rioja.

El primer grupo –mayoritario con creces en todas las cofradías– es el del *joven de hábito*. Para este tipo de jóvenes, su interés por la Semana Santa radica exclusivamente en formar parte de los cortejos procesionales, cualquiera que sea su cometido. Dentro de él se distinguen, a su vez, dos subgrupos. El primero lo forman quienes se hacen hermanos por cercanía física o amistad con otros, pero que no se sienten identificados con la cofradía ni con sus fines –si es que los conoce–. En el otro subgrupo se encuentran aquellos que se han acercado a la cofradía por atracción de la estética, fines o devoción hacia las imágenes. Éstos jóvenes podrían dar mucho más de sí si las juntas de gobierno se preocuparan realmente por integrar a todos los hermanos, en vez de velar exclusivamente por lo que les va a dar un mayor prestigio.

Otro gran grupo es el del *joven “de casta”*. Lo integran aquellos que, por tradición familiar forman parte de la cofradía –el “hijo de”, podríamos decir–; quizá por ello, en algunos momentos llegan a creer ser poco menos que los dueños de la cofradía. Responden, por lo general, a la figura del *joven envejecido* que, unas veces por convicción propia –las menos– y otras por miedo a enfrentamientos con los “grandes barones”, renuncian a apostar por la innovación y la evolución –que no están en absoluto opuestas a la tradición–, y optan por un ultraconservadurismo carente de todo sentido que lo único que consigue es frenar el avance de la cofradía.



El último de los grupos es, sin duda, el más minoritario de todos, pero sin él, una cofradía terminaría desapareciendo. Es el del *joven de las cuatro ces* (comprometido, consciente, coherente y cola-borador). A él pertenecen los jóvenes que tienen las ideas bien definidas, los que saben cual es su papel dentro de la cofradía y los que colaboran continuamente con ella. La Semana Santa para ellos no tiene ni principio ni fin, sino que es un ciclo que dura todo el año.

Tienen un absoluto respeto a la historia y a la tradición bien entendida, pero apuestan decididamente por la innovación, por aquellos cambios que, adaptados al momento actual, redundarán en beneficio de la cofradía. Ellos son, como decíamos, los que tendrán la responsabilidad de regir los designios de las cofradías –en ocasiones, con siglos de historia, e implícitamente, de esfuerzos–, para dejar el testigo a generaciones posteriores.

A este grupo de jóvenes es al que margina una y otra vez la ‘política’ de las cofradías, al que no dejan acceder a la toma de decisiones, al que simplemente se utiliza para labores de secretaría y de montaje, al que no escuchan sus valiosas ideas, al que deberían mimar para garantizar el relevo generacional.

La búsqueda constante de poder, el materialismo, la apariencia, el egoísmo y la manipulación de la información –afirma García Rioja– contribuyen al desencanto de los cofrades. La desilusión hace mella rápidamente en la colaboración –que no en la devoción– de grandes y buenos cofrades. Bien puede añadirse a esta relación las modas, que, además de no ser ya tan favorables como antes para la Semana Santa, representan un alarmante peligro para el significado mismo de nuestra celebración, pues mal llevadas, bien pudieran conducirla a poco más que un espectáculo folclórico.

No debemos olvidar que fueron los jóvenes los que, hace ya treinta años, sacaron a las cofradías de la profunda crisis en la que estaban sumidas en la década de 1970, unidos a la plena participación de la mujer tras la reforma –lógica y necesaria, por otro lado– del Código de Derecho Canónico en 1983.

Sorprendentemente, muchos de esos jóvenes han envejecido –hablando de lo cofrade– y no han sabido asimilar bien su papel. Ellos son ahora

los que componen esas Juntas de Gobierno que ponen trabas a los jóvenes, tirando por la borda unos cuantos años de su propio trabajo.

Si los jóvenes han sido necesarios a lo largo de la historia de las cofradías, más aún lo son ahora. A la Semana Santa –y la Iglesia en general– le tocan vivir momentos difíciles. El ambiente predominante de desinterés por lo religioso, agravado precisamente en la juventud, unido a una política laicista llevada a cabo desde los órganos de poder, están consiguiendo que el centro y origen de la Semana Santa –el culto a la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo– se encuentre en una situación, cuando menos, delicada.

En estos momentos que hoy vivimos en los que ser católico no es fácil, los jóvenes son una garantía de la que no se puede prescindir, y en vez de dejarlos al margen, deberemos potenciar su participación en la vida de Hermandad a todos los niveles. Ellos conocen la situación en la que viven, y demuestran día a día su compromiso con el evangelio, tanto con sus hermanos como en la vida ordinaria.

4. Mirando al futuro

Los cofrades han de ser –ahora más que nunca– buenos evangelizadores, y han de contribuir con su ejemplo a paliar el desinterés por lo religioso. Ellos son los más indicados para hacer despertar la fe en quienes viven con menor intensidad el fenómeno de la religiosidad popular. A ellos les corresponde la dura tarea de llegar a quienes, por unas u otras razones, no han vivido nunca o han abandonado el camino de Dios.

Conscientes de ello, los jóvenes asumen su misión y llaman a las puertas de la cofradía para colaborar en esta ardua tarea. Algunos de ellos, cansados ya de ser ninguneados, han optado por trabajar para con la Semana Santa desde otros frentes, como son las asociaciones –ya sean o no religiosas–, dirigiendo sus propios pasos con métodos menos herméticos que los de las cofradías.



Esta es quizá la consecuencia menos desfavorable, pero también la menos habitual. Por lo general, estos jóvenes cansados de predicar en el desierto, optan por tirar la toalla y pasarse a la –cada vez más numerosa– clase pasiva; otros, como ya hemos visto, simplemente desaparecen.

De la actitud de las actuales Juntas de Gobierno depende el futuro de la Semana Santa. Ellas son las únicas responsables de que –por caprichos o por miedos a no se sabe bien qué– desestimen la colaboración de la juventud cofrade, y la Semana Santa, en su sentido más amplio, resulte seriamente diezmada.

Ante el problema global que nos encontramos, no parece fácil encontrar una buena solución, pero ayudaría en gran medida un cambio de mentalidad entre los cofrades, que son al fin y a la postre cómplices por asentimiento de las juntas de gobierno. Aún siendo realmente complicado, merece la pena intentarlo, y la única forma es a través de las instituciones competentes –Consejos de Cofradías, Diócesis, ...–. Sólo hay, además, una manera de conseguirlo: la formación. De ahí la importancia de que existan planes globales en esta materia –hoy en día solamente llevados a cabo en unos pocos lugares–, iniciativa a favor de la que, cada vez con mayor intensidad, más son las voces que se alzan.

La juventud cofrade ya ha llamado a la puerta. De las juntas de gobierno –y de todos los cofrades en última instancia– depende abrirla o no.